

SOBRE LA ARQUITECTURA DE ALBERTO CAMPO BAEZA

De lo esencial y de la consistencia

Charles Poisay

*“Estoy como escondido en las entrañas de las montañas.
Solitario, como una veta de metal puro”.*

R.M.Rilke

Lo esencial

En “La obra maestra desconocida”, una pequeña historia maravillosa llena de sabiduría, de Balzac, el alcalde Freinhofer se dirige a Nicolás Poussin en los siguientes términos:

“Para ser un gran poeta, no es necesario conocer la sintaxis en profundidad, ni escribir sin faltas. La misión del artista no es copiar la naturaleza sino interpretarla”.

Raro es hoy día el poeta que no se deja arrastrar por las tendencias actuales. Pero hay quien todavía, dominando su pasión y revestido de una energía inagotable, con una clara visión del espíritu de su tiempo, extrae lo Esencial y nos lo transmite.

El trabajo comprometido de Alberto Campo Baeza está totalmente en esta línea. Rechazando todo recurso fácil y dando la espalda a los clichés y a las modas, su arquitectura está hecha de poesía, precisión y emoción. No se alimenta de formalismos románticos ni de estéticas particulares, sino más bien de emoción pura dirigida por la pasión rebelde, la clara reflexión y la razón crítica.

Vienen a nuestro pensamiento aquellas creaciones que, por encima del tiempo, más nos maravillan: el Panteón de Roma, el Pabellón de Barcelona, la casa Malaparte, la capilla de Ronchamp. Y también la “Caja metafísica” de Oteiza y las obras de Caro o de Chillida.

Alguien que es capaz de transformar la pasión en poesía, el espacio en emoción y el momento presente en historia, el pensamiento en arquitectura es, verdaderamente, un alquimista.

Estas obras esenciales no son precisamente las que se incorporan a la historia a base de pequeñas variaciones, las más de las veces imperceptibles, sino que son aquéllas que todos entendemos como fundamentales.

La consistencia

La arquitectura de Alberto Campo Baeza es un trabajo sustentado y construido con el pensamiento.

Por arquitectura yo entiendo la operación mental que es consecuencia de un proceso riguroso que, desarrollando la idea de partida, transforma la arquitectura en algo más que una mera construcción: un objeto resonante.

El arquitecto elabora su trabajo en la misma línea que Wim Wenders, que con cada película suya nos provoca una reflexión profunda sobre la construcción y la consistencia de las cosas y de las imágenes. Y subrayando sus analogías, nos plantea preguntas sobre la percepción y el punto de vista del observador, el “paseante” de la obra, y también sobre la manera en que nosotros organizamos nuestro espacio y vivimos en nuestro mundo.

En cada uno de sus edificios, Alberto Campo Baeza vuelve a definir con su lógica implacable la construcción de la arquitectura y de todo nuestro entorno.

Su arquitectura no es una arquitectura “constructiva”. No es tectónica ni estereotómica. Es una arquitectura “diacrónica”, flui-

da y resonante, luminosa y libre.

Son construcciones de Espacio-Tiempo, fragmentos de llenos y vacíos conectados y doblados a la vez.

Todo se condensa en ellos con un mínimo de efectos y palabras, donde cada línea y cada movimiento están medidos y apurados.

Así crea el máximo de la tensión que es necesaria para alcanzar el equilibrio y la serenidad.

Cada edificio de Alberto Campo Baeza es como un Haiku, como los trazos y signos de Tapiés.

Los materiales que usa son, por supuesto, más “estados físicos” que sólo imágenes visuales. Sus materiales preferidos son: el ESPACIO, dilatado o comprimido; la LUZ, sólida o difusa; la MATERIA, densa y pesante o ligera y flotante; y también la MEDIDA del tiempo y del espacio. O sea, con plena conciencia.

A. Machado decía que: “Hay dos tipos de conciencia: una es leve y la otra paciente”.

La propuesta de Alberto Campo Baeza, “la Idea debe generar la forma” se cumple en todos y cada uno de sus proyectos. Pero evitando confundir forma y formalismo; hay un abismo de diferencia entre sentimiento y formalismo.

La casa Gaspar, la casa Turégano, la Biblioteca de Orihuela o la Caja de Granada nunca podrían haber existido como objetos resonantes, sin una Idea preliminar y básica, y sin la convocatoria de aquellos materiales capaces de darles vida: ESPACIO, LUZ, MATERIA y MEDIDA.

Heidegger en “Construir, Habitar, Pensar”, define el acto de construir como el de edificar el lugar, y fundamentar y acordar el espacio con el pensamiento y la medida.

“La Poesía nace cuando el poeta establece la medida” y devuelve el aliento a los hombres.

Alberto Campo Baeza lleva la arquitectura hasta su última expresión, y por este camino nos conduce al entendimiento de la creación de una Idea- Lugar (Ideal) : al arte de crear y de pensar.■

Por una arquitectura esencial

Colette Jauze

Este texto introductorio fue elaborado por Colette Jauze tras largas y numerosas conversaciones con Alberto Campo Baeza. La traducción del francés al castellano, de Ignacio Fernández Alonso, y la del castellano al inglés, de Adam Bresnick, estuvieron en todo momento supervisadas por la escritora francesa.

Este arquitecto, convencido y convincente, radical y profundo, es como la lengua de un volcán y como el agua de un torrente. Igual que la lava baja por la ladera lenta pero candente, así va este arquitecto por los caminos de la Arquitectura. Sin prisa

pero con fuerza. Y a la vez con la frescura y el arrebató de un torrente. Como a raudales. Capaz de encandilar a sus alumnos y de fascinar a los asistentes a sus conferencias. Hace sólo las obras que quiere y las consigue terminar como él quiere. Y gana todos los concursos. No sólo por la brillantez de sus formas, que siempre son sencillas, sino por la fuerza convincente de la evidencia de sus razones. Con peso y con poso. Y como la lengua volcánica de magma ardiente va cubriendo la ladera poco a poco.

Precisión

Si hubiera que resumir en una palabra la arquitectura de Campo Baeza, se debería definir como de precisa. Precisión en las ideas que la sustentan. Precisión en el manejo de la luz. Precisión en las estructuras con que la construye. Es un arquitecto preciso. A veces se le ha querido encuadrar dentro de la corriente minimalista. Pero siempre ha dejado claro, y así lo ha escrito, que ni él ni su arquitectura son minimalistas. Sí en cambio le gusta hablar de precisión. De usar "sólo el preciso número de elementos" para levantar esa su arquitectura. Algunas veces este sólo preciso número de elementos es realmente poco. Con tan poco hace su arquitectura. Tan con casi nada. Sorprendente era aquella plaza de la catedral de Almería donde con sólo unas pocas palmeras sobre un blanco suelo de mármol le premiara en 1977 el mismísimo Moneo. Tanto como el que con sólo unos pocos naranjos olorosos sobre una caja de travertino abierta al cielo y poco más, le haya premiado en 1995 el mismísimo Oiza para que realice un bellissimo proyecto en Mallorca. Pero esa precisión, esa exactitud en la arquitectura, no es obsesión por el detalle ni por la perfección perfeccionista. Al contrario, esa su arquitectura tiene unos márgenes que admiten una cierta imperfección de la que incluso él hace alabanza en un conocido texto suyo: "Elogio de la imperfección".

Intemporalidad

La arquitectura de Campo Baeza, con esa imperfección y precisión al mismo tiempo, parece que tuviera la voluntad de estar como fuera del tiempo concreto. Para poder resistir al tiempo. Recuerdo un día, hace poco, haber visto sobre la mesa del arquitecto un papel pequeño con una palabra en grande: tiempo. Y junto a la palabra tiempo estaba escrito: silencio. Preguntado por su significado, me explicó cómo quería que su arquitectura fuera capaz de resistir, de superar la prueba del tiempo. El intento de conseguir esa cualidad de la arquitectura que hace que un edificio sea más un "arquetipo", que sólo una solución concreta a un problema concreto. Una solución más abierta, más genérica, más universal, capaz de responder a más que sólo a ese programa concreto. Eso que en la arquitectura de Campo Baeza hace que exista una relación clara y misteriosa a la vez entre la casa Turégano y una villa pompeyana, entre la casa Gaspar y una casa romana. Entre la Caja General y la catedral de Granada, o entre su último proyecto en Mallorca y la estructura espacial del monasterio de S. Melezio. Convierte los edificios en "tipos", aunque a él no le guste hablar de tipologías.

Esencialidad. Gravedad, Luz y Medida

Todo el empeño de Campo Baeza es ir al centro, al cogollo, al meollo de la Arquitectura. Y acaba consiguiéndolo como lo más natural. Con la naturalidad de la lógica más aplastante. Eso que él llama arquitectura esencial.

En cuanto a la Gravedad, en sus obras la estructura es la que ordena, referencia y construye el espacio. Aunque no se

manifieste, como en la casa Turégano, o se evidencie como en el proyecto de Mallorca. La Gravedad construye el espacio, dice el arquitecto.

Y añade que la Luz construye el tiempo. Tiempo que hace que el espacio viva, tensándolo para el hombre para el que se concibe. La Luz es tema central en toda la arquitectura de Campo Baeza.

Y para llegar a ese centro de la arquitectura, para controlar la gravedad que construye el espacio, y para dominar la luz que construye el tiempo, vuelve a descubrirnos el arquitecto que es preciso dominar la medida, la dimensión, la escala: "pensar y medir, medir y pensar".

Son así la luz, la gravedad y la medida los instrumentos básicos que utiliza Campo Baeza para esa su arquitectura del más con menos con cuya belleza quiere regalar a los hombres.

Obras

Y, ¿cómo son las obras de Campo Baeza?, o más bien habría que preguntarse en este caso ¿qué son sus obras? y ¿cuáles son esas ideas que él dice construir? ¿cómo es la relación entre sus ideas y sus obras?

Suele el arquitecto hacer el ejercicio de sintetizar con pocas palabras el sentido más profundo de sus obras. Así la casa Gaspar es un "hortus conclusus" o las oficinas de Mallorca un "jardín secreto". O la Caja General de Granada un "impluvium de luz". Y así con casi todas, que no son tantas, una por año, siguiendo la tradición de los que él considera sus más directos maestros: Le Corbusier y Mies Van der Rohe. Ellos hicieron pocas obras y tuvieron toda la influencia de su arquitectura profunda. "Cada proyecto tiene su tiempo y su tempo", y suele emplear, pedagógico como tantas veces, ejemplos de cocina: "el arroz necesita no menos de 20 minutos ni más de 30".

Así se entiende entonces la enorme influencia de las "pocas obras" de Campo Baeza, de su arquitectura entre las generaciones más jóvenes.

Cajas, cajitas, cajones.

Parecería que todas aquellas ideas, tan certeramente destiladas por el arquitecto, las guardara cuidadosamente en cajas. Pues cajas, cajitas, cajones, son sus obras. Como bien decía Lubetkin, el arquitecto ruso de Londres tan admirado por Campo Baeza, que al final de su vida, al recibir la medalla de oro del R.I.B.A. decía que él en el fondo no había hecho otra cosa que como cajas de zapatos. Campo Baeza parece que a veces hiciera lo mismo que decía el arquitecto de los pingüinos ingleses.

Si la casa Turégano es una blanca caja cúbica, la casa de Valdemoro lo es alargada y la Gaspar más baja y tendida. La Caja General de Granada es una gran caja dorada transverberada por la luz, la misma luz que con mil matices diferentes transpasa todas sus tensas cajas de arquitectura.

Como las "boîte à miracles" que proponía Le Corbusier para su arquitectura. Además, ¿no es una caja el Panteón?, ¿no lo son La Tourette o la villa Savoie? ¿no es una divina caja la casa Farnsworth?, ¿no son acaso maravillosas cajas de piedra las que componen la casa de Utzon en Mallorca? Y las cosas de Tadao Ando ¿qué son sino cajas? Y las cajas de cálidos colores de Barragán. Y los cilindros de Melnikov, como cajas de puros. Cajas, cajas, cajas. Cajas, cajitas, cajones.

Publicaciones

En un artículo en que Thomas Reese trataba sobre la imagen de la arquitectura española, a través de las publicaciones en el

extranjero, hablaba de él como el más citado en ellas. En contraste con las de aquí. Y es que Campo Baeza ha ido siempre y en todo por libre. Quizás demasiado por libre, demasiado independiente. No se ha plegado ni rendido ante nada ni ante nadie. El precio ha sido que demasiadas veces ha estado al margen de las publicaciones españolas de arquitectura. Sorprende así saber que la escuela pública de S. Fermín en Madrid, una de sus más reconocidas obras (Premio COAM, Premio Ayuntamiento de Madrid, exposiciones en París y Burdeos, Historia de la Arquitectura editada por Taschen, portada del libro sobre Arquitectura y Diseño editado por Rizzoli. Etc.) jamás ha sido publicada en ninguna revista española de arquitectura. Esta curiosa situación queda compensada con esa enorme difusión de sus obras fuera de España. Tanto en revistas como en libros. Valga de botón de muestra el reciente y muy difundido libro de John Welsh editado por Phaidon con las casas más representativas de los últimos años. Su casa Gaspar, en portada, preside los escaparates de las librerías de París en estos días.

Textos.

Campo Baeza escribe mucho y bien. Claro y fuerte. Muy pedagógico. Muy en docente. Se nota que está convencido y convence. Se ve que enseña en cómo analiza las arquitecturas de los arquitectos sobre los que escribe. Con análisis certeros en lo específicamente arquitectónico. Y son legibles frente a tanto texto plúmbeo o simple o, lo que es peor, como en mi país, complicados. Suele sazonar hasta sus textos más teóricos con ejemplos muy gráficos. Como el "descubrimiento de las tablas de la Luz de Bernini", en su ya paradigmático texto sobre la Luz. O el comprometido y provocativo texto sobre la restauración tildando, con razón, de inicuos e ignorantes a los jueces que condenaron a los arquitectos del teatro romano de Sagunto. O la receta de la tortilla francesa en el más reciente texto sobre unos jóvenes arquitectos suecos.

Su voluntad de difusión de la arquitectura a la Sociedad le lleva a su ya habitual colaboración con el Anuario de El País. O a periódicos artículos en la prensa como el conocido sobre el futuro de la arquitectura que tituló "Un minuto antes de la última explosión", que publicó Diario 16 y que acaba de ser traducido y publicado en inglés en diversos medios.

Defiende Campo Baeza que un texto es como un proyecto. Hay que saber qué se quiere decir y cómo hacerlo. Y construirlo con palabras. Bien lo sabemos los que nos dedicamos a esto. Y él los construye muy bien con una estupenda prosa aprendida, dice él, de los poetas. Y como los poetas, como los buenos poetas, los trabaja hasta la saciedad. Dice corregirlos hasta 7 veces. Los repasa y los reposa. Como sus proyectos. Sin prisa.

Y por fin ha aparecido, editado por el COAM de Madrid en su colección "Textos Dispersos", una bien ordenada selección de sus escritos bajo el significativo título de "La Idea construida: La arquitectura a la luz de las palabras". No puedo menos que recomendar su lectura.

Docencia. Conferencias.

La difusión que ha hecho de sus ideas, de sus "ideas construidas" como a él le gusta llamarlas, ha sido muy intensa durante estos años. Desde su docencia como "gastdozent" en la prestigiosa ETH de Zürich durante todo el curso académico de 1989 a 1990, adonde asistía con puntualidad kantiana todas y cada una de las semanas. Hasta sus enseñanzas periódicas en Philadelphia o en Dublín o en Nápoles. O sus conferencias en Cornell, Estrasburgo, Darmstadt, Aquisgrán, Milán, Londres

o Lausanne. O hasta en Ljubljana, donde le hicieron una fantástica exposición en la Galería Dessau.

En sus conferencias, a diferencia de muchos otros arquitectos, lejos de hacer una mera descripción de sus obras, sorprende con la fuerza de la lógica con que las explica como traducción de sus ideas. Como construcción de aquellas ideas que las han generado. Y en esta originalidad (él dice que no es nada original y prefiere hablar de radicalidad-raíces, que esto es lo que ha sido siempre la arquitectura) radica su fuerza y su magisterio.

Campo Baeza es un docente nato y ejerce como tal desde hace ya muchos años desde su cátedra de Proyectos en la Escuela de Madrid. No en vano fue en su momento su catedrático más joven. Como alumno quiso la fortuna que cayera en manos de Alejandro de la Sota. Y se produjo el flechazo arquitectónico. Su primer proyecto para el maestro fue ya un cubo de vidrio para una casa al borde del mar. Sota por entonces le vaticinó que se dedicaría a la docencia pero que antes, al terminar, debía pasar fuera de la Escuela un mínimo de 5 años. Para madurar y curtirse. Campo Baeza lo cumplió puntualmente. Volvió en 1976 de la mano de Oíza tras sortear a algunos que ya empezaban a darle la lata (siempre ha tenido buena cintura para zafarse). Y luego sin prisas, a su ritmo, en 1986, antes que ninguno de los de su generación de Madrid, fue catedrático de Proyectos de su Escuela. Como cumpliendo los designios de Sota. Y sigue siendo de los docentes con más poder de convocatoria, y de los más queridos.

Ha conseguido con pasmosa justeza el para él imprescindible equilibrio entre el construir y el enseñar. Exponer sus ideas,

mostrar sus instrumentos de análisis y de síntesis, y construirlas. Y si ya he apuntado cómo sorprendió a los suizos de Zürich la "helvética puntualidad del español", no lo es menos esta misma actitud de riguroso cumplimiento en Madrid. Aunque para algunos resulte desafiante. Con gran naturalidad lo hace compatible con el despliegue de su extensa actividad en el extranjero. Él pone siempre como condición el que nunca coincida con sus días lectivos en Madrid. Cuando se es alumno suyo parece que no tuviera otra cosa que hacer que el atenderle a uno. Eso dicen ellos.

Final con Luz.

Finalmente, si hubiera que buscar una característica capaz de definir de una manera más específica la arquitectura de Alberto Campo Baeza, no nos quedaría más remedio que hablar de la Luz. Cuando le he oído y leído tantas veces su "más con menos," me han quedado siempre ganas de decirle que mejor debería hablar de "más con luz". Cambiar su "more with less" por "more with light".

Su tratamiento certero de la luz y su consideración defendida hasta la saciedad de tratar la luz como un material más, el más importante de la Arquitectura. Y no sólo defiende esto en sus escritos, la materialidad de la luz, su corporeidad, su control, sino que lo mejor es que en sus obras esto es verdad, es palpable. La luz se cuela por la casa Turégano como por los cuadros de Rembrandt, pero en vivo. Y en la casa Gaspar, la blanca luz azul de la mañana empapa de calma el espacio sosegado. Y así podríamos seguir o acabar con todas sus obras.

En definitiva, a él, que tanto le apasiona la poesía, lo que le gustaría es que con su arquitectura se produjera aquello que proponía Blake: "En un grano de arena ver un mundo; y en cada flor silvestre un paraíso; vivir la eternidad en una hora, sostener en la palma el infinito". ■